

FEMDOM

Capítulo 1

Hace ya dos años que mi esposo me contó cuáles eran sus fantasías con una mujer. De hecho, fue durante un juego de sinceridad que practicamos una tarde de domingo en la que estábamos aburridos y se nos ocurrió buscar en Internet juegos de entretenimiento. Nos topamos con uno que nos pareció interesante e inquietante al mismo tiempo. Medio en broma, medio en serio, nos pusimos a ello. Las instrucciones eran sencillas: se trataba de coger quince tarjetas a modo de cartas y escribir en ellas el tema sobre el que quien la eligiera debía contar algún secreto desconocido por su pareja. Todos los temas eran peliagudos: mentiras que habías dicho alguna vez, incumplimientos o escaqueo en el trabajo, fantasías sexuales, engaños a tu pareja, consumo de drogas anterior, descripción de la primera experiencia sexual, manías neuróticas que nadie conociera, supersticiones personales, dudas religiosas, sentimientos racistas escondidos, deseos agresivos o vengativos contra alguna persona, y algunos otros que no recuerdo.

Una vez escritas las tarjetas se debían barajar y, vueltas del revés sobre la mesa, por turno, se elegía una y se procedía a contar el secreto. Si conseguías sorprender a tu pareja y te creía, lo cual era un poco subjetivo, te apuntabas dos puntos. Si solo le parecía interesante, pero mentira, un punto. Y si no conseguías contar nada al respecto, cero puntos.

Aburridos como estábamos, no nos pareció mala idea intentarlo. Fui a coger de mi escritorio quince tarjetas de visita y mi marido escribió con buena letra en el dorso todos los temas propuestos. A mí me pareció que se estaba poniendo algo tenso, pero quizás en realidad era simple desgano o mal humor por el tedio de aquella tarde de domingo.

Total, que empezamos a jugar; por mi parte, sin demasiado entusiasmo. Él sacó una moneda y lo echamos a cara o cruz. Me tocó a mí la primera. La tarjeta elegida era “Deseos agresivos o vengativos contra alguna persona”. Después de pensarlo un rato, me animé a contar mi primer secreto:

—De pequeña —empecé a decir—, llegué a sentir verdadero odio hacia mi padre.

Solo pronunciar estas palabras, me empezó a temblar la voz y estuve a punto de inventar una excusa cualquiera para no contar los verdaderos motivos de este profundo desafecto, pero algo me indujo a continuar y lo solté todo. Nunca se lo había contado a nadie, pero era algo de lo que siempre me había querido liberar y en ese momento, con la excusa del

juego, tenía la oportunidad de desahogarme como quien no quiere la cosa y así lo hice.

—De pequeña —dije—, odiaba a mi padre hasta el punto de que, en mi imaginación, a veces me entretenía pensando en cómo cambiaría mi vida si él se muriera. Que tuviera un accidente, un cáncer fulminante o algo así. Las razones ahora me parecen triviales, pero en su momento fue una verdadera obsesión enfermiza. Simplemente, sentía celos por la manera en que mi padre trataba a mi hermano con manga ancha, disculpando todas sus faltas, y en cambio a mí me reñía por la mínima. Llegué a pensar que no soportaba que fuera chica. De hecho, también trataba muy mal a mi madre, aunque nunca le puso una mano encima. Era un auténtico machista —remarqué—. Este sentimiento de odio, de forma más atenuada, lo conservé mucho tiempo, creo que hasta que te conocí a ti. Tú eras todo lo contrario, porque fuiste el primer chico que no pretendía imponerme su criterio y porque fuiste el primer hombre que me valoró positivamente, sin ningún tipo de críticas ni desprecios... Bueno, ya está dicho —finalicé, con cierta sensación de alivio y nervios al mismo tiempo—. Ahora te toca a ti puntuarme. Y no hagas trampas.

—Vale —dijo él— ¡Vaya historia! ¿Por qué no me lo has contado nunca hasta hoy? No puedo negar que has parecido sincera, y aunque solo sea por lo bien que has hablado de mí, te doy los dos puntos. La verdad es que no sabía nada de todo esto.

—No sé por qué no te lo había contado. Supongo que es algo que quiero olvidar. Y si alguna vez te lo he querido contar, no he encontrado el momento oportuno. Además, me daba vergüenza, pero la verdad es que ahora me parece una chorrada no haberme sincerado antes. No está mal este *jueguito* para sacar los trapos sucios. ¡Venga!, tu turno. A ver si eres capaz de ser tan transparente como he sido yo.

—Vale, vale, ya voy. A ver qué me sale.

Volteó la tarjeta y, echándose para atrás, dijo:

—¡Ostras! ¡Justo la más jodida de todas! Paso. Cojo otra.

—¡Ah, no, mi amigo! —contesté—. Eso no vale. Las reglas son las reglas. La suerte ha elegido por ti y me parece que hay tema o gato encerrado, como se dice. Venga, cuenta. ¿Qué te ha salido? Déjame verla —con un rápido movimiento, se la arranqué de la mano—. ¡Guaauu! Lo siento, pero no te queda otra que contarme una fantasía ignorada por mí. Y no vale contarme cualquier tontería, que ya sé que tienes mucha imaginación. ¡Venga! Empieza a largar.

—En realidad, es una tontería— empezó, después de hacerse el remolón durante un buen rato, y titubear y carraspear un par de veces—. Solo es pura fantasía erótica sin ninguna pretensión de realización real. Pero...

Se estaba poniendo nervioso y a mí esto me produjo una cierta inquietud al no saber qué me iba a contar. A ver si ahora iba a resultar que le gustaban los hombres o algo así.

—Bueno, a veces sueño o me imagino, mientras estoy en duermevela, que... ¡Bah!, es una chorrada. Pensarás que soy idiota y en realidad solo son ideas que me pasan por la cabeza sin más. No vale la pena ni que te lo cuente. Dejemos esto, que es un aburrimiento.

—¡No, señor! Yo he cumplido. Ahora, tú. No seas como el machista de mi padre, que siempre nos hacía acatar su voluntad en todo.

—En realidad, creo que mi fantasía demuestra todo lo contrario. No creo que sea una fantasía nada machista. Al revés. Verás: a veces, solo a veces, repito, me imagino que tú eres la que manda absolutamente en esta casa y que yo soy como tu esclavo, que acata todas tus órdenes y todos tus deseos; y que en la cama eres tú la que lleva completamente la iniciativa, hasta el punto de decidir en qué momento puedo correrme. Y me obligas a lamer tus pies durante horas y después tu coño, hasta que alcanzas dos o tres orgasmos para finalmente ordenarme que me masturbe delante de ti... ¡Vale!, ya está contado. Es solo una fantasía. ¿Puntuación?

—No, no. No me lo cuentas todo. Seguro que hay mucho más. Y más que una fantasía, me parece... ¡Venga! ¡Sigue! Ahora ya has empezado. ¿Qué más imaginas? ¿Qué es lo que realmente deseas en tus sueños?

—¡Uf! ¡En qué lío me he metido! Te lo cuento, pero no te rías. Antes de conocerte, tuve una experiencia sexual con una profesional del sado y me dejó una especie de impronta en mi imaginación. Esa señora, o como quieras llamarla, me trató como su esclavo: me hizo lamer sus botas, me ató a una cruz en forma de aspa —de San Andrés, la llaman—, me dio fustazos bastante dolorosos, me sodomizó y no sé cuántas cosas más. Y la verdad es que me excité muchísimo y acabé en un orgasmo brutal cuando me dio permiso para ello. Y desde entonces me imagino, de tanto en tanto, que tú te conviertes en esa ama y me haces lo mismo que ella me hizo a mí, pero no un día, sino de forma habitual.

—O sea... A ver si lo he entendido bien. A ti te gustaría que yo fuera para ti tu dueña y tú, mi sirviente personal. Que te castigara con una fusta por cualquier cosa o para demostrarte quien manda, que estuvieras sexualmente a mis órdenes, que decidiera sobre tu placer sexual, etcétera.

—Pues sí, esto es lo que me imagino. Pero es eso: imaginación, pura fantasía. Es la carta que me ha tocado y no me ha quedado otra opción que contártela si quería empatar la puntuación.

—Olvídate del jueguito. Creo que es algo más que imaginación pura y simple. Te voy a hacer una pregunta y me vas a decir la verdad verdadera. Si tu sinceridad me convence, te doy el resto de los puntos en juego y tú ganas la partida. Piénsalo antes de contestar, porque a partir de hoy nuestra vida en pareja puede dar un giro de 180 grados: ¿es pura imaginación o realmente te gustaría que yo me convirtiera en la persona de tus sueños, es decir, en tu ama? No contestes todavía. ¿Quieres que yo sea tu dueña y que tú tengas que estar a mis órdenes en todo; que te castigue de mil formas, que te conviertas en mi esclavo sexual para mi satisfacción e incluso..., yo que sé; que, por ejemplo pueda tener relaciones sexuales con quien me apetezca porque yo soy la dueña de mi vida y la tuya, y tú aceptas todo lo que yo decida libremente? ¿Es eso lo que realmente te gustaría?

—Creo que sí. De hecho, lo pienso a todas horas. No es solo fantasía esporádica como he dicho antes por vergüenza, sino un auténtico delirio que no me deja vivir en paz conmigo mismo por falta de realización. Lo siento, es así. He intentado mil veces quitarme esas ideas de la cabeza, pero soy incapaz. Incluso, he pensado en visitar a un psiquiatra para que me dé calmantes o lo que sea. Pero es que no puedo más. Y si quieres que te diga toda la verdad, hasta he pensado en separarme de ti para buscar en otra persona la realización de estas fantasías. Y si no he ido más adelante es porque te quiero demasiado y no sería capaz de abandonarte por esa razón. Pero la verdad es que sufro psicológicamente. Me siento, no sé, frustrado. ¡Sí, eso es! ¡Muy frustrado!

—¡Ostras! ¡Qué fuerte! No sé qué decir. Me has dejado de piedra. Sabía que eres más bien sumiso y que en general te resulta más cómodo aceptar lo que yo propongo, pero, de esto y a este nivel, no tenía ni idea. Ahora mismo no puedo pensar con claridad. Tengo que digerir todas tus palabras una por una y cuando lo tenga más claro volveremos a hablar. Creo que con esta historia ya no tiene sentido seguir jugando. Ningún otro secreto podría superarlo. Has ganado. Me voy a dar una vuelta. Tengo que pensar. Lo siento.

Ahora mismo no sé qué decir. Ya hablaremos... ¡Hasta luego! En la nevera hay sobras del mediodía si quieres cenar. No sé si estaré una hora o más fuera. ¡Adiós!

Capítulo 2

Estaba en estado de shock. No sabía qué pensar. Daniel no era la persona que yo conocía. Tenía una vida secreta, aunque solo fuera en su imaginación, y me acababa de proponer una forma de relación totalmente distinta de la vivida durante los quince años de matrimonio que ya llevábamos. Me decía a mí misma que ya nada podría ser igual y que, seguramente, si no aceptaba eso, todo se iría acabando entre nosotros. Ya no podríamos continuar como si nada hubiera pasado. De hecho, él ya se había planteado dejarme. Y si lo había considerado era porque nuestra vida en pareja se había convertido para él en una farsa. Me estaba acostando con alguien que estaba deseando todo el tiempo estar con otro tipo de mujer. Yo no era en absoluto esa mujer dominante de su mente. Más bien, todo lo contrario: siempre pendiente de sus necesidades, de sus deseos. ¿Cuántas veces había hecho el amor con él sin demasiadas ganas solo porque él lo deseaba? Y resulta que, mientras tanto, yo solo era la sustituta de sus auténticos apetitos. Ahora me parecía que nunca había estado realmente conmigo en la cama, sino con la otra, con la mujer de sus sueños: con esa súper dómina de su juventud. Todo había sido un fraude. Me sentía rabiosa, celosa, destrozada. ¿Cómo había podido ocultarme una cosa así? ¿Por vergüenza? ¿Por temor a que lo dejara? Bueno, esto último no era tan malo. Por lo menos había tenido alguna razón para continuar conmigo a pesar de todo. ¿Era por amor? ¿Por miedo al rechazo?, ¿a la soledad? No sabía qué pensar. Estaba confundida. Y..., por otra parte, algo se había removido dentro de mí. Mientras me estaba contando sus fantasías, yo me había sentido... No sé. Por un breve instante, me había imaginado a mí misma siendo esa mujer que me describía y creo que hasta me había medio excitado. Tenía que aclararme y necesitaba tiempo.

Al volver a casa, Daniel ya estaba durmiendo y yo tardé muy poco en acostarme, pero aquella noche casi no pude dormir. Me despertaba a cada momento con sueños extraños que nunca había tenido antes. Soñé con mi madre, con mi hermano, con Daniel. Todos aparecían y desaparecían en mis sueños, diciéndome cosas inauditas. En uno de tantos, mi madre aparecía vestida de gran dama del sado, asegurándome que Daniel tenía que ser castigado por sus mentiras, y que si no lo castigaba yo, lo haría ella. Detrás de ella, aparecía mi padre arrodillado con un collar de perro y las muñecas atadas con una

cadena a sus tobillos, que limitaba su movimiento. “Pídele perdón a tu hija, ¡machista!”, le decía mi madre. “Lo siento, Laura”, contestaba mi padre. “Yo solo quería que fueras más decidida. Que fueras más echada pa’ lante, como tu hermano. Te quería tanto o más que a él. Eras tan tímida que no lo soportaba. ¡Lo siento de verdad! ¡Te he hecho mucho daño! ¡Lo siento! Todavía puedes cambiar. Mírame a mí cuánto he cambiado. Por fin he entendido a tu madre y ella me ha ayudado un montón. Ahora es ella la que manda y yo estoy a sus órdenes. A ti te falta lo que a mí me sobraba: autoridad. ¡Mucha suerte, mi niña! ¡Guau! ¡Guau!”.

Me desperté sobresaltada, sin estar segura durante unos instantes si todo era real o una pesadilla.

“¡Qué barbaridad!”, pensé. “¿Cómo puedo soñar cosas tan absurdas? Estoy desquiciada. ¡Maldita tarde de domingo y maldita la hora en que se nos ocurrió la idea de jugar a esa tontería!”.

Malhumorada, me fui directo a la ducha. Todavía era muy pronto, pero no quería volver a dormirme y correr el riesgo de tener otra pesadilla. Mientras caía el agua caliente sobre mi cuerpo, pensé en qué le diría a Daniel cuando se despertara. Decidí darme más tiempo antes de darle una respuesta definitiva. Le diría que todavía no me había aclarado y que me dejara en paz unos días; que enseguida que lo tuviera claro le comunicaría mi decisión al respecto. Eso era exactamente lo que iba a hacer, me repetí y, curiosamente, tomar esta decisión me relajó al instante.

Cuando fueran las 8, llamaría al despacho para decirle a mi secretaria que anulara todas las entrevistas concertadas porque me sentía indispuesta, lo cual no era del todo mentira. Había dormido fatal y tenía la cabeza embotada. No estaba en la situación mental de afrontar un día normal de trabajo. Además, tendría tiempo para informarme en Internet sobre este tipo de relaciones de pareja tan poco convencionales. Sobre sadomasoquismo, solo sabía lo que había captado de alguna que otra película, como *Historia de O*, *Belle de jour* y *50 sombras de Grey*. La última era la que recordaba mejor, porque mi marido la había bajado de Internet tan solo hacía un par de meses. “Vaya”, pensé, “Daniel de alguna manera ya intentaba llevarme al huerto cuando insistió en que viéramos esa película. A mí la verdad es que me había dejado bastante fría, pero sí recuerdo que me llamó la atención el que mi marido aquella noche me hiciera el amor de forma más apasionada que de costumbre. Ahora me daba cuenta de que le habían excitado las

escenas sadomasoquistas. Quizás en su imaginación se sustituyó por la protagonista y a Grey, por una mujer. Por mí, supongo. Tenía que investigar ese mundo más a fondo.

Por fin se levantó Daniel y nada más verme reabrió el tema en cuestión.

—¡Buenos días! Parece que no has pasado muy buena noche. Te has estado moviendo todo el rato y murmurabas palabras extrañas. ¿Qué te pasa? ¿Es por lo que te conté? Ayer regresaste tardísimo. Casi estuviste tres horas paseando. ¿Puedo saber qué has pensado de todo ello?

—No me presiones, Daniel. Ayer descubrí una persona totalmente diferente a la que he creído conocer durante todo el tiempo que llevamos casados. No tengo ninguna respuesta por ahora. Tengo que pensar muchas cosas y replantearme todo contigo. No sé en qué acabará todo o si esto acabará con nuestra relación... Quiero decir, con la manera en que nos hemos relacionado hasta ahora.

—No habrás pensado dejarme...

—No he dicho esto. Te recuerdo que eso en todo caso lo has pensado tú. Solo digo que tengo que pensar cosas. Déjame unos días en paz y ya te diré. No te impacientes que cuando lo tenga claro seré totalmente sincera, y no como tú hasta ahora, por cierto.

—Veo que estás enfadada. Lo siento. Olvídalo todo. Es una tontería. Podemos seguir nuestra vida igual que hasta ahora. Tampoco nos ha ido tan mal.

—No. No me pidas que lo olvide. Después de ayer ya nada puede ser igual. Tú me has escondido algo demasiado importante para ti durante mucho tiempo y... En fin, no quiero seguir hablando de esto ahora. Ten paciencia conmigo. ¿De acuerdo?

—Vale, de acuerdo. Permaneceré calladito y a la espera. Me voy al curro. Si puedo, volveré pronto. No creo que haya mucho trabajo. El proyecto de diseño que llevo entre manos ya está prácticamente acabado. ¿Traigo algo para la cena?

—No te preocupes, ya saldré a comprar algo. A lo mejor voy al súper. Estamos agotando las provisiones y tus caprichos ya te los has zampado todos.

—Pues nada, me voy. Un beso.

—¡Va! ¡Vete ya! Y déjate de besuqueos, que no está el horno para bollos.

—Estás enfadada. Lo estás y no lo puedes disimular. Haz un esfuerzo aunque sea

pequeñito para olvidarte de la tarde de ayer, ¿vale?

—Sí, pesado. Solo te pido un poco de tiempo, nada más. ¡Adiós!

Capítulo 3

Mientras conducía de camino al trabajo, no paré de insultarme a mí mismo. Seré gilipollas. ¿Por qué le habré confesado mis fantasías secretas a Laura? Soy un idiota perdido. Con ella no tengo ninguna posibilidad y lo sé desde siempre. Maldito gin-tonic y maldito juego. En cuanto bebo un poco se me empieza a soltar la lengua y no digo más que chorradas. Ahora me verá como un perverso. Podría haberme estado callado. Pero no, marqué la tarjeta con un puntito azul casi invisible para saber cuál tenía que elegir y soltarle el rollo. Siempre he querido contárselo, pero el miedo al fracaso me lo había impedido. Ahora se siente engañada. Y con razón está enfadada. Qué fácil era haber continuado con mis fantasías en secreto y seguir masturbándome con los vídeos porno sadomasoquistas a sus espaldas cuando no aguantaba más imaginando situaciones imposibles entre ambos. Siempre me siento relajado al hacerlo y, durante unos días, la cabeza me deja en paz. Podría haber seguido igual un montón de años...

Por otra parte, finalmente he sido honesto y le he revelado quién realmente soy, pero ¿a qué coste? Es capaz de abandonarme por no ser capaz de asumir esto y eso sería un desastre. Laura es la mujer de mi vida y sin ella no sería capaz de soportar la vida en soledad. Y, además, ¿qué posibilidades tengo de encontrar a alguien que coincida en gustos con mis caprichos? A lo máximo que puedo aspirar es a tener contacto con profesionales y este tipo de relación, aparte de dejarme arruinado, no es en absoluto lo que quiero. Quiero a Laura. Esta es la única verdad y tengo que convencerla de alguna manera para que se olvide de todo. Quizá pueda decirle que estaba borracho, pero ella sabe que no es verdad. Solo me había tomado un gin-tonic y normalmente aguanto tres sin perder el control. Solo me coloco un poco y cuento chistes malos. La verdad es que todo es culpa mía y solo mía. El jueguito que aparentemente encontré en Internet por casualidad ya lo había planeado hacía un par de semanas. “A ver, vamos a jugar a algo divertido”, sugerí. “Déjame buscar en el ordenador”, le dije, y a continuación fui directo a la página que ya tenía localizada. Todo una farsa. Una excusa para ser capaz de soltar mi mierda. Soy un fraude. Y encima le cuento que he pensado en dejarla cuando no es ni siquiera verdad para dar más credibilidad a mi historia. Eso se lo tengo que aclarar, aunque ya dudo que me crea una palabra. Bueno, esperaré unos días a que las cosas se

calmen y cuando ella me comunique su decisión, que no puede ser otra que la lógica, ya intentaré aclararlo todo. De momento, no me queda otra que respetar el pacto de silencio si no quiero acabar de empeorar las cosas...

¡Qué feliz sería si ella accediera a mi propuesta! Solo con imaginarme que ella se convierte en mi *mistress* y yo en su sumiso me pongo a cien. Le daría masajes en todo el cuerpo para su exclusivo placer, le lamería los pies, especialmente el culo y el coño, y durante todo el tiempo que ella me lo ordenara. Aceptaría sus normas de conducta, acataría sus órdenes, fueran las que fueran; sus castigos, sus fustazos; aceptaría llevar un cinturón de castidad para no tener sexo sin su permiso; me correría solo cuando ella me lo autorizara. Me gustaría que me follara con un arnés y sentir su poder penetrándome. Sería feliz viviendo entregado a ella, siempre pendiente de sus deseos. Yo no sé por qué me siento así, pero es la pura verdad. Necesito a alguien que ponga orden en mi vida. Alguien a quien entregarme. Sentir que le proporcione placer. Tampoco pretendo que sea una relación 24/7. Eso es una exageración. Pero ¿qué mal hay en vivir eso en los momentos de intimidad?

¡Va! Ya estoy otra vez empalmado con mis pensamientos. Eso se tiene que acabar. Iré a un psicólogo, haré psicoterapia, lo que sea, pero tengo que acabar con estas fantasías de una puta vez. ¡Joder!

Capítulo 4

Los días siguientes fueron más o menos parecidos: yo, hecha un lío, y Daniel, inquieto, revoloteando a mi alrededor. Se le notaba impaciente. Más de una vez le sorprendí mirándome de soslayo, pero como mínimo respetaba el acuerdo de silencio en torno al maldito tema. Yo aprovechaba cualquier momento libre que tuviera para consultar un montón de páginas web sobre la cuestión de la dominación femenina o *femdom*, como me enteré que se llamaba en inglés. En casi todas ellas se hablaba de la superioridad femenina, de la inversión de papeles en el sexo tradicional, de tomar la iniciativa, etcétera. Muchas cosas que leí me parecieron exageraciones totales, sobre todo aquellas en las que se proclamaba la superioridad natural de la mujer sobre el hombre. No es que considerara que los hombres eran superiores a las mujeres, pero tampoco lo contrario. Es verdad que estaba completamente en contra del machismo. Ya había probado sobradamente esa medicina en casa de pequeña y no tan pequeña con mi padre. Pero la solución al problema no podía consistir en una inversión de los papeles, sino en igualar

los derechos de unos y de otros. Por aquí no iba a pasar. Yo no era superior a nadie por el hecho de ser mujer. Simplemente era un ser humano igual que cualquier otro y tenía exactamente los mismos derechos. No estaba nada de acuerdo con muchas cosas que decía una tal Elise Sutton en su blog *femdom*. En cambio, otras páginas me parecieron más moderadas y asimilables. Presentaban el tema como un juego erótico en que, de forma totalmente autónoma y libre, un miembro de la pareja decidía someterse al otro por el simple deseo de hacerlo, y el otro aceptaba ser la parte dominante. Incluso se hablaba de contratos que podían ser rotos en cualquier momento por parte de cualquiera de los firmantes, ama o sumiso, y también de límites acordados. Esto ya entraba mejor en mis esquemas mentales y la verdad es que, poco a poco, de alguna manera, me empezó a seducir la idea de probar convertirme en un ama dominante, dado que eso era lo que deseaba mi marido. Ventajas, para mí tendría muchas. Yo tendría todos los derechos sobre él. En un momento dado, me sorprendí a mí misma diciéndome cosas como las siguientes: "Podré exigirle masajes, todo el sexo oral que quiera, colaboración estrecha en las tareas de la casa de las que nunca se acuerda o, mejor dicho, ni ve, o siempre tiene algo más prioritario que hacer y yo, como una tonta, me adelanto casi siempre. Todo esto puede cambiar en un plis plas".

Tras esa manifestación de mis deseos inconscientes, volví a tomar el control racional y continué reflexionando sobre todo lo leído y visionado.

Me acordé de que en todas las páginas web dedicadas al tema se daba mucha importancia al control de la castidad. Todas las dominantes consideraban esencial hacer practicar a sus parejas la semicastidad para mantener su atención sobre ellas. Solo cuando el ama lo autorizaba podía el sumiso eyacular y el ama debía mantener al sumiso excitado durante todo el tiempo mediante la estimulación genital, pero sin dejarle llegar al punto de no retorno. Y, por otro lado, según la confesión de muchos sumisos, esta situación, en lugar de ser desagradable, resultaba de lo más motivadora. Ser autorizados a descargarse después de un largo período de abstinencia les llevaba al cielo y lo consideraban como un premio libremente otorgado por sus amas. Algunos sumisos se autocontrolaban y otros eran enjaulados por sus amas con aparatos de castidad, pero todos, sin excepción, aceptaban la situación con agrado. Los días de denegación del orgasmo, había leído, podían ser incrementados como castigo por faltas diversas o hasta que fueran enmendadas determinadas conductas no deseadas por sus amas, tales como

fumar, beber, no ser suficientemente atentos o, por el contrario, descuidados, etcétera. Un artículo me llamó especialmente la atención. Se titulaba “Las reglas del juego”. Las reglas eran para ambos: la parte dominante y la parte sumisa, porque la finalidad de este tipo de relación era la satisfacción plena de ambos. No solo de la parte dominante. El sumiso debía obedecer en todo a su ama y aceptar todas sus imposiciones y castigos en los términos previamente acordados. Pero el ama también tenía sus obligaciones: estar pendiente de su sumiso mandándolo a esto o lo otro para que se realizara como tal, castigarle regularmente con el mismo fin y, sobre todo, haciendo que la sirviera sexualmente con la frecuencia que se le antojara. De lo contrario, la relación acabaría por enfriarse con el tiempo y perdería todo su sentido. Si un ama acepta a alguien como sumiso, este debe comportarse como tal, leí en otro blog de una tal Mistress Terry. Pero si un sumiso decide entregarse a su ama, también espera de ella que lo sea realmente. Si no es así, el juego se acaba y llega el momento de romper el contrato y a otra cosa. O sea, a una relación vainilla de toda la vida —otro término que ignoraba—, o cada uno por su lado en busca de mejores sumisos o amas.

Y en cuanto a los castigos, había para todos los gustos: desde la ya citada abstinencia sexual prolongada en el tiempo hasta latigazos, pinzas, tortura genital, etcétera. En algunos vídeos que visioné incluidos en las citadas páginas se contemplaban auténticas torturas extremas que consideraba imposible alguien pudiera disfrutar sin estar completamente enfermo de la cabeza. En otros, en cambio, las cosas eran mucho más normales. Se empleaban fustas, gatos de siete colas, cañas de bambú, pero eran utilizados con una fuerza moderada, y aunque producían enrojecimiento en la piel, no la laceraban ni dejaban marcas perpetuas, cicatrices ni cosas por el estilo, aunque seguro que dolían lo suyo. Un eslogan que se repetía en muchos lugares y que me pareció especialmente acertado era: “Consentido, sano y seguro”.

En fin, creo que ya tenía toda la información que necesitaba y lo cierto es que cada vez me sentía más tentada de aceptar la propuesta de Daniel. Confieso que, una tarde, recostada en el sofá, esperando a que Daniel volviera del trabajo, hasta me masturbé imaginando una escena de dominación con él calcada de un vídeo porno de entre los muchos que vi. Pero aunque ya no estaba enfadada con Daniel y empezaba a entenderlo al compararle con la forma de pensar y sentir de los sumisos que me habían *hablado* desde los blogs de Internet, aún tenía dudas sobre si no sería una locura dar el paso.

Dejé pasar un par de días más hasta que por fin se me ocurrió consultar a una psicóloga sobre el tema. Si me decía que esto era una parafilia peligrosa o que podía llevar a un desarreglo mental, pararía en seco y le explicaría a Daniel la razón. Ya se verían las consecuencias. Si, por el contrario, me decía que eran fantasías normales de personas con vida sexual alternativa, pero no una enfermedad mental, pues, entonces... creo que casi estaba ya decidida a decir que sí: que lo probáramos durante un período de dos o tres meses a ver qué pasaba, y si funcionaba, pues, adelante.

Pero ¿a quién consultar?... De repente me acordé de Cristina, una amiga de la facultad que compartía piso con una estudiante de psicología con la que apenas coincidí en un par de fiestas. Susan se llamaba y era un terremoto de persona, pero muy abierta y simpática. Los chicos iban de cráneo tras ella. En cambio, ella solo se enrollaba con quien realmente le apetecía. Parecía muy segura de sí misma. Reconozco que a mí me intimidaba un poco tanto desparpajo y tanta desenvoltura. Yo era un poco el otro extremo: tímida, insegura y con complejo de no gustar a nadie. En realidad, no sé muy bien por qué, ya que físicamente no estaba nada mal y en la actualidad, con cuarenta años recién cumplidos, me mantenía dignamente. Decidí buscar en mi agenda el número de Cristina y, con la excusa de una consulta para otra amiga, conseguir el teléfono de Susan. Sabía que había montado un despacho de psicoterapia, porque en una fiesta de posgrado no paró de contárselo a todo el mundo y hasta me había dado una tarjeta que ya no conservaba. La tarjeta me había llamado la atención por el título, algo así como “Centro de Psicología y Sexología. Terapia sexual. Terapia de pareja”.

“Caramba con la Susan”, recuerdo que pensé en aquel momento. “Experiencia personal no le va a faltar. Se ha acostado con media universidad”.

Ignorando su apellido, no sabía cómo localizarla. Ni siquiera sabía si mantenía el consultorio. Pero con probar no perdía nada, así que llamé a mi amiga Cristina.

—¡Hola, Cristina! ¿Me conoces? ¿Te acuerdas de mí? Soy Laura Garmendi, compañera tuya de facultad.

—¿Laura? Claro que sí. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué es de tu vida?

—Pues bien. Sigo trabajando donde siempre, en el despacho de abogados que abrí, y muy a gusto.

—Sigues con Daniel, supongo.

—Sí, claro. Todavía lo aguanto.

—¿Aguantar? Si erais la envidia de todo el mundo. La pareja ideal. En cambio, yo voy por el segundo matrimonio. Con David todo se fue al garete a los cinco años de convivencia y desde hace nueve años estoy casada con un funcionario de hacienda, muy requetebién. Luis, se llama. Y tenemos dos hijos fantásticos, que son una delicia.

—Te felicito. Nosotros no hemos tenido descendencia. Siempre decíamos que más tarde y al final, pues ya se nos han pasado las ganas, pero estamos muy a gusto los dos solitos.

—Pero dime cómo se te ha ocurrido llamarme después de tanto tiempo. Casi no sé de ti desde los años de facultad. La última vez que nos vivos fue en tu boda. Por lo menos, antes nos llamábamos por teléfono para charlar un rato y ponernos al día, pero poco a poco lo fuimos dejando y ya hace un montón de años que no oigo tu voz. Lo último que me contaste era que estabas montando tu propio despacho, pero desde entonces, nada.

—Es que el tiempo pasa sin que te des cuenta y vas perdiendo el contacto con todo el mundo. Te llamo para que me hagas un favor. Bueno, el favor en realidad no es para mí. Tengo una compañera de trabajo que busca un psicólogo de estos que se dedican a asesorar parejas en crisis y me he acordado de aquella compañera de piso tuya, Susan. Pero no sé cómo localizarla ni si todavía se dedica a estos temas. ¿Sabes algo de ella?

—Por supuesto que sé. Comemos juntas una vez al mes. El primer jueves de cada mes, para ser más precisa. Y sí, sigue con su despacho de sexóloga. Le va genial y todo el mundo queda encantado, o por lo menos esto es lo que ella me cuenta. Ya sabes que es el optimismo en persona. Pero creo que es verdad, que para esto vale. Se la puedes recomendar tranquilamente. Hacemos una cosa. En cuanto cuelgue, te envío un mensaje, o un WhatsApp mejor, y [te doy el teléfono](#), la dirección y hasta su blog de consultas online. Pero antes de eso me gustaría quedar un día para recordar viejos tiempos. ¿Qué te parece si quedamos para comer la semana que viene? El día que quieras. Yo ahora estoy sin trabajo. Con la crisis, despidieron a media plantilla de la editorial y yo fui una de las afortunadas. Me puedo ajustar a tus horarios sin problema.

—¡Vaya! Lo siento. Por lo del despido, quiero decir. Pero perfecto, quedamos. Me hace mucha ilusión. Mira, la semana que viene no me va muy bien, pero la otra... Espera que mire mi agenda... Sí, mira, no tengo ninguna cita ni el martes, ni el viernes. ¿Cuándo te

va mejor?

—Me da igual. Bueno, mejor el martes, porque Luis suele salir pronto los viernes y a lo mejor quedamos para hacer algo. ¿Te va bien? Podemos quedar en el bar-restaurant de la universidad como hacíamos tantas veces durante nuestros años universitarios. Así volveremos al campus después de tanto tiempo. ¿Qué te parece?

—Allí estaré. Nos pondremos al día. Será divertido.

—Perfecto. Ahora mismo te mando lo dicho. Un beso, Laura.

—Otro para ti. Y hasta el martes de aquí a dos semanas. ¡Adiós!

—¡Adiós, guapa! Ha sido un placer reencontrarte. Hasta el martes.

“Bueno, ahora ya estoy atada de pies y manos”, me dije. “Tanto si quiero como si no, tendré que llamar a Susan, porque de lo contrario Cristina le contará nuestra conversación y será ella la que me llame a mí. Mejor no darle más vueltas y tirar pa’ lante. Y cuanto antes, mejor. Ya estoy harta de comerme el coco”.

Ese mismo día llamé a Susan. Ella dijo que no se acordaba de mí. Mejor. Hasta era posible que ni me reconociera al verme. Pensé que así todo sería más fácil. Quedamos en que iría a su despacho el jueves por la tarde, a las 6. Hasta entonces, decidí aparcar el tema por completo y no calentarme más los sesos, y la verdad es que, para mi propia sorpresa, lo conseguí bastante.

Y por fin llegó el día de resolver todas mis dudas y tener claro hacia dónde quería ir. A Daniel le puse la excusa de que me iba de compras. Que necesitaba ropa interior. Sabía que no soportaba ir de tienda en tienda y así me aseguraba que no se ofreciera a acompañarme. Total, que me marché hecha un flan a soltar mis neurax a la psicóloga.

Efectivamente, Susan parecía que no se acordaba casi nada de mí y esto me alivió. La verdad es que habíamos tenido muy poco contacto en el pasado. Me recordaba como una amiga de Cristina, pero poca cosa más. Bueno, en realidad, se me ocurrió la idea de que quizá fingía un poco a modo de estrategia para poder realizar su trabajo conmigo mejor desde una postura más distante.

—Siéntate, por favor, y cuéntame qué te trae por aquí —me dijo, mientras me hacía pasar a su despacho—. Y, por supuesto, no empieces con la consabida historia de que vienes para ayudar a una amiga tuya como me vienen todas. Lo digo para ahorrar tiempo. Los

nervios te delatan. Siento ser tan directa, pero te aseguro que es mejor empezar abiertamente desde el principio.

“¡Toda mi estrategia tirada por los suelos desde el primer momento!”, pensé. “¡Y qué autoritaria, demonios! En una décima de segundo, estaba a su entera disposición y con ganas de salir corriendo de allí, pero después de unos momentos de vacilación y titubear unas cuantas palabras inconexas, me rehíce y respondí:

—De acuerdo. El problema es mío. Supongo que es una tontería fingir otra cosa. Pero antes tengo que estar segura de que todo lo que te cuente es absolutamente confidencial y que no contarás nada de nada a nuestra amiga en común. Como ya te dije por teléfono, conseguí tu dirección a través de ella con el pretexto de la falsa amiga. Ni siquiera sé si se lo tragó.

—Eso por descontado. Podrías denunciarme al colegio de psicólogos si hiciera lo contrario y, evidentemente, no estoy interesada por razones obvias. No debes albergar la más mínima duda. Soy muy profesional y nunca sale una palabra de mí de lo que oigo en este despacho.

—¡Vale! Te creo, pero no sé cómo empezar. Bien, la verdad es que el problema me lo ha originado mi marido, y si he venido hasta aquí es por tu especialidad en relaciones de pareja y... En fin, que desde que me contó una cosa estoy hecha un lío.

—Te ha engañado con otra.

—No exactamente, pero sí me ha estado ocultando algo muy importante para él durante todo el tiempo que llevamos juntos.

—Que también le gustan los hombres.

—No, nada de eso. Dice que le gustaría que yo me comportara con él de una forma totalmente diferente. Que me convirtiera en su ama, en su dueña. Una especie de ama del sado o algo así. Fantasea con esas cosas y dice que sufre por no poder llevar a cabo sus fantasías conmigo.

—¡Interesante! Te refieres a Daniel, supongo.

—¡Pero bueno! Hace dos minutos me has dicho que no te acordabas de mí y ahora resulta que te acuerdas hasta del nombre de mi marido. ¿De qué va eso?

—No te enfades. Es pura técnica psicológica para facilitar la sinceridad inicial del

paciente. Pero en este caso no tiene sentido seguir fingiendo. Pues claro que me acuerdo de ti. Cristina y tú erais inseparables. Y tú y Daniel me dabais auténtica envidia. Erais una monada de pareja. Si no podíais acabar de otra manera. Casados, me refiero. A ver, cuéntame más. ¿Por qué dices que estás hecha un lío?

—En primer lugar, porque me fastidia la poca confianza que ha tenido durante todos estos años para contarme esto y, en segundo lugar, porque ya no sé qué soy para él ni cómo acabará nuestra relación. Él, según me confesó, hasta se ha planteado dejarme para buscar en otra ese tipo de relación.

—Bueno, bueno. Vamos a verlo con distancia. Tú quieres a tu marido y él te quiere a ti como demuestra el hecho de que no ha roto contigo a pesar de esta fuerte pulsión que siente desde hace tanto tiempo.

—Sí, supongo que sí.

—Pero tú no estás en absoluto dispuesta a acceder a sus deseos, ¿o me equivoco?

—Tampoco es eso. Llevo días planteándomelo y hasta me he estado informando mucho sobre eso que llaman *femdom*, y la verdad es que me siento tentada de acceder a su propuesta, pero me da miedo pensar en volverme neurótica y caer en una parafilia sexual que hasta el día de hoy no he necesitado para nada.

—Bueno, esto de las parafilias como término equivalente a perversiones ya está pasado un poco de moda. Todo depende de cómo se enfoquen las cosas. Hasta hace poco, la homosexualidad era considerada una desviación, y no hablemos del cambio de género, y en cambio hoy todo se ve de otra manera. Hay que ir por partes.

— ¿Quieres decir que el sadomasoquismo no es una desviación sexual?

—¿Según qué escuela? Todo es muy relativo, como todo. Si se convierte en una adicción exclusiva y uno no es capaz de disfrutar del sexo de ninguna otra manera que no sea recibiendo latigazos, seguramente. Pero también puede pasar lo mismo con los videojuegos, con el juego, con los chats online y, por supuesto, con las drogas y el alcohol. Si se convierten en adicciones obsesivas, son un problema.

—¿Entonces qué me aconsejas?

—Yo no puedo decidir por ti. Si tienes ganas de probar ese tipo de relación y crees que puedes disfrutar de ella, adelante. Si solo lo haces para complacerle a él, no. Ni se te

ocurra. Le dices que a ti esto no te viene de gusto y punto. Y si con el tiempo esto acabara en una separación, pues ¿qué remedio? Habréis descubierto algo que os hace incompatibles.

—No sé qué decir. ¿Cuál sería el riesgo de obsesionarse con el tema?

—En principio, poco. Se trataría de acceder a realizar determinados juegos de dominación sin excederse. Huir de las exageraciones que se ven en los vídeos de este tipo. Una cosa es atar a tu pareja, vendarle los ojos, darle unos azotes, hacerle vestir de determinada manera en un momento dado e incluso sodomizarle con un vibrador o un arnés, y otra muy distinta, coserle a latigazos, despreciarlo de forma absolutamente humillante durante todo el tiempo, incluso frente a terceros, etcétera. Los juegos de dominación pueden ser un fantástico estímulo en las relaciones de pareja, pero las llamadas relaciones 24/7 son pura fantasía, y si se llevan a cabo, son un tipo de relación que poco tiene que ver con la convivencia normal entre dos personas, basada en el amor mutuo. Podéis jugar y al mismo tiempo mantener una relación de pareja convencional el resto del tiempo, porque supongo que no estás interesada en que tu marido se convierta en una especie de felpudo que no puede tener ninguna iniciativa sin tu permiso, incluso ni para ir al baño, que tiene que estar callado todo el rato, con la mirada baja, etcétera, etcétera.

—No, claro que no. Yo no deseo en absoluto perder a mi marido tal como lo conozco. Quiero seguir riéndome con sus ocurrencias, que son muchas, que me cuente cosas del trabajo, que hablemos de política, de lo que sea, que me escuche cuando estoy deprimida. Alguien con quien compartir la vida. Poder contarle mis problemas.

—¿Entonces?

—Pues que me tienta su propuesta un montón, pero no tengo ni idea de cómo empezar a llevarla a cabo.

—Aquí es donde puedo ofrecerte una solución. Le propones un contrato de sumisión con todas las normas que él debe seguir de forma habitual: orden, aseo, tareas domésticas que le corresponden, obligación de hacerte masajes, manera de satisfacerte sexualmente y todo lo que tú le harás en caso de incumplimiento como castigo: azotes, denegación de orgasmo, *bondage*, reclusión, etcétera. Le dices que seguiréis estas normas por un tiempo determinado para ver qué tal os va. Por ejemplo, durante dos o tres meses, y si al final del período ambos estáis contentos con la nueva situación, se prorroga o se revisa el

contrato. ¿Qué te parece?

—Suenan bien. Creo que esto es lo que haré.

—Así me gusta, decisión y ganas de probar cosas nuevas. Mira, te voy a hacer una confidencia. No lo hago con ningún paciente, pero tu caso es diferente, ya que, aunque no se puede decir que seamos amigas, nos conocemos desde hace mucho tiempo y hemos compartido momentos muy divertidos.

—Te escucho.

—Justo este tipo de relación es la que yo tengo con mi pareja actual, y nos va de maravilla. Pero no pongas esa cara. Aparte de psicóloga, soy una persona muy vital y necesitada de vivencias intensas y, además, aquí, en mi trabajo, he tenido la oportunidad de conocer todo tipo de relaciones y finalmente me he inclinado por esa alternativa. En mi caso, fui yo quien se lo propuso a mi pareja actual, aunque ya conocía sus gustos por una razón que ahora no viene al caso, y nos va divinamente. Si quieres, puedo contarte muchas cosas y aconsejarte en los detalles, y mira..., incluso estoy dispuesta a que participes conmigo en alguna sesión de dominación con mi sumiso para que lo tengas más claro.

—Bueno, eso sería fantástico. Vaya coincidencia. Pero no. Gracias. Sería engañar a mi marido dominar a otro hombre antes que a él, que es quien me lo ha propuesto.

—Evidentemente, tendría que ser con su consentimiento. Nada de engaños. ¿Por qué no se lo propones como una manera de iniciarte? Al fin y al cabo, el beneficiario final será él.

—Bueno, no sé. Primero tendría que hablar con él. Si acaso, te llamo y te doy una respuesta definitiva.

—¡Estupendo! Sigues siendo la persona responsable y honesta que conocí. Yo era mucho más loca. Menos mal que con el tiempo me he ido aquietando, aunque sigo siendo algo alternativa, como ves. Quedamos así entonces. ¡Ah! Algo más en lo que te puedo ayudar. En mi ordenador de casa tengo el contrato que hemos firmado yo y mi sumiso, Hugo. Si me das tu correo, te lo mando con un *password* para que lo leas solo tú; Femdom, por ejemplo, y así seguro que te acuerdas. Te lo miro por si te sirve de inspiración para elaborar el vuestro. ¿Te parece?

—¡Fantástico! Si me dejas un papel y un bolígrafo, te anoto mi dirección y no te enredo más. Me has aclarado mucho las ideas. Te lo agradezco. Y si tú misma practicas esas

cosas siendo experta en estos temas, me quedo mucho más tranquila. Me siento realmente aliviada. Dime qué te debo.

—Nada, querida. Un placer haber podido ayudar a la mejor amiga de mi compañera Cristina. Todavía conservo la amistad con ella. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sé. Me contó que vais a comer una vez al mes para estar en contacto. Y, de verdad, muchas gracias por la consulta gratuita. Te debo una.

—Nada, nada. Un gustazo. Que os vaya muy bien. Y no te olvides de llamarme. Estaré encantada de hacer de maestra de ceremonias, si te decides. Ja, ja, ja.

—Sí, no te preocupes, que te llamo tanto si es que sí como si es que no. Te lo debo. Hasta luego.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Salí de la consulta exultante de alegría. Por fin había aclarado mis dudas y ya había tomado una decisión. Mis neuras de las últimas semanas se estaban diluyendo. Decidí volver andando para sosegarme un poco antes de llegar a casa y acabar de pensar qué le iba a decir exactamente a Daniel. Absorta en mis pensamientos, pasé sin prestar atención por delante de un sex-shop, pero se ve que mi inconsciente lo había captado perfectamente y decidí volver sobre mis pasos y entrar. Era la primera vez que visitaba una tienda así y la verdad es que me quedé boquiabierta al ver la cantidad de artículos que se exhibían en sus vitrinas. Nada más cruzar la puerta se me acercó la dependienta, una mujer más o menos de mi edad, bastante alta y muy bien vestida. Parecía extranjera, cosa que me confirmó su acento. Alemana, pensé. Llevaba una blusa muy ajustada con un amplio escote, pero elegante, y una minifalda bastante mini por la que asomaban unas piernas bien torneadas con unas medias de encaje de fantasía. Su altura se veía incrementada por los altos tacones que calzaba. Muy amablemente, me preguntó en qué me podía ser de ayuda.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo ayudarla? Acaba de entrar en el mejor sex-shop de la ciudad, como puede ver. Tenemos todo tipo de artículos para satisfacer cualquier fantasía y hacer del sexo algo realmente agradable. ¡Mire todo lo que quiera! Y cuando encuentre algo de su gusto, aquí estoy para asesorarla.

—¡Gracias! En realidad, no sé si quiero nada, pero si me permite echar una ojeada se lo agradezco.

—Claro que sí. Faltaría más. Supongo que no está muy acostumbrada a entrar en ese tipo de tiendas. Pero, por favor, con toda tranquilidad. Estoy por aquí.

Deambulé un buen rato por toda la estancia observándolo todo como una colegiala llena de curiosidad. Seguro que desde la distancia la dependienta pensaba que era una novata total. Creo que mi rostro reflejaba fascinación y sorpresa en partes iguales, y hasta creo que me estaba excitando. Me paré delante de una vitrina con todo tipo de vestimenta erótica, desde lencería de lo más sugerente a vestidos completos de cuero o vinilo, y también disfraces de todas clases: de enfermera, criada francesa, dominatriz, etcétera. Decidí preguntar por el precio de un conjunto integrado por medias de encaje con ligero adosadas a un *body* adornado con figuras de encaje casi transparente muy llamativo. Lo tenían en rojo y en negro.

—Esta combinación sale por 49 euros —dijo, mientras se acercaba parsimoniosamente—. La calidad es insuperable. Las traigo de Holanda y ahora la tengo con un 30 por ciento de descuento.

—Vale, pues si tiene mi talla, me la quedo. Normalmente visto una 42 o 44.

—Sin problema, tengo todas las tallas desde la S hasta la XL. Creo que una L será perfecta, pero mejor si se la prueba antes. Si la parte de arriba le viene bien, las medias son talla única, muy adaptables. Voy a sacársela, que estas del mostrador creo que son para chicas muy delgadas. Ahora mismo vuelvo.